

III Domingo Cuaresma

Éxodo 17:3-73; Romanos 5:1-2, 5-8; Juan 4:5-42

«Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta»

12 marzo 2023 P. Carlos Padilla Esteban

«Quiero un agua que calmará la sed de todos los sedientos. Comprendo que mi vida puede calmar la sed de otros. Pero no seré yo, no será mi cántaro, será el agua que lleve dentro»

Me gusta que haya un día en el que se reza especialmente por las familias. Y se le pide a Dios que cuide a todas las familias del mundo. En la familia suceden las cosas más importantes de mi vida. Allí me encuentro en casa y me sé amado como soy, en mi pobreza, en mi originalidad. Allí puedo ser yo mismo y crecer. Sentirme en casa es el sentimiento más básico y fundamental. Que pueda llegar a un lugar en el que descanse y me sienta amado. Un espacio sagrado en el que no tenga que demostrarle nada a nadie. Puedo tener días malos y que no importe. Puedo hacer las cosas mal o dejar de hacer las que me toca hacer, y que la vida siga y no me sienta excluido de ese lugar en el que echo mis raíces. Hoy rezo para que en cada familia haya respeto. Ese don santo que se puede perder con facilidad. Cuando dejo de respetar a quien amo, lo hiego en lo más profundo. El respeto entre los esposos. Un amor que no respeta no es un amor verdadero. Una familia en la que no hay comprensión, no funciona. Quiero ser capaz de comprender al otro, que es diferente a mí, es original y único. Y comprender sus reacciones, sus palabras, sus silencios. Comprender es fundamental para poder convivir en paz y alegría. Comprender las decisiones que cada miembro de la familia toma. Aceptarlas y seguir amando a quien he amado siempre. El perdón forma parte de ese caminar en familia. El perdón cuando me han hecho daño. Cuando me han ofendido con palabras, con gestos, con silencios. Ese perdón es un don que pido, porque no es sencillo perdonar siempre a quien me ama. Perdonar y pedir perdón, no de forma irreflexiva. Pedir perdón con humildad. Y querer cambiar. Si no deseo un cambio en mis actitudes es difícil que me crean. Quiero cambiar en aquellas actitudes que no le hacen bien a mi familia. Aportar más y no estar siempre pendiente de lo que me dan. Dar gracias en todo momento. Abrir mi corazón con humildad, sin miedo a ser rechazado. Contar lo que me está pasando, lo que estoy viviendo. Si aprendo a ser más libre frente a quienes me aman, eso me ayudará siempre en la vida cuando salga al mundo. La familia es ese espacio en el que, haga lo que haga, siempre me esperarán de vuelta. No importa lo que otros opinen de mí, en mi familia me entenderán y sabrán cómo soy realmente. Fuera, en el mundo, trato de contentar a todos, de agradecerles para que no me rechacen. En casa, con los míos, no tengo que fingir, que disimular, que poner mi mejor cara. Al mismo tiempo no quiero ser luz fuera y oscuridad con los míos. Quiero aportar mi mejor versión. Mi alegría, mi entusiasmo, mi naturalidad, mi sonrisa. No quiero fingir pero tampoco quiero evadirme de mi vida familiar. Puedo dar más, eso siempre. Puedo ser mejor con los míos, cuidarlos más, tratarlos con más respeto, con más amabilidad. Puedo preocuparme por aquel con quien vivo, a veces no lo hago, vivo mi vida, sin saber qué les pasa a aquellos con los que comparto un mismo hogar. En familia puedo crecer, no siempre seré el mismo, iré cambiando, evolucionando. Debo tener paciencia con esos procesos, los demás también deberán ser más pacientes conmigo. En ese crecimiento hay altibajos, habrá días buenos y días muy malos. Experimentaré fracasos y necesitaré llorar con los míos, mostrarles mis caídas, hacerles ver mis desilusiones. No quiero ser hermético y guardar en silencio todo lo que me pasa. Quiero aprender a ser más libre, también más niño, más puro en mis intenciones. Procuraré no pensar mal de mi hermano. Y si tengo dudas le preguntaré. Me dejaré acompañar en mis momentos difíciles, sin ocultar mi pena. El que te acompaña en el dolor es verdaderamente tu hermano, tu amigo. El que sólo está en las alegrías puede ser alguien que esté de paso. Quiero cuidar a mi familia como un regalo. En ella soy vulnerable. Y al mismo tiempo se fortalece mi espíritu. Porque allí me cuidan, pertenezco a ese lugar, soy de allí. Siempre lo seré, no quiero tener dudas. Cuidar la familia es sembrar para la vida eterna. Aquí en la tierra, junto a los míos, puedo vivir un trozo de cielo. De mí depende, no sólo de los que forman parte

de los míos. Saber perdonar y olvidar es algo esencial. Tomar la iniciativa en las relaciones es algo muy sano. Aceptar a los demás como son, me permite madurar. Quiero invertir tiempo en los míos. No dejar que el tiempo se me pase sin estar en casa. No hay mejor tiempo gastado que el que paso junto a los míos. Quiero que en mi familia esté Dios. En las decisiones que tomamos, en los pasos que damos. **Que haya un lugar en el que rezamos y nos reunimos como familia. Allí reina Dios y María.**

Me gusta cuando Jesús me pide que cargue con la cruz de cada día. Acentúa de nuevo lo cotidiano, lo habitual. Me gusta cuando una mujer samaritana va al pozo a buscar agua, como cada día, por necesidad, por obligación, siguiendo una rutina, su costumbre: *«Llega, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, cerca de la heredad que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, como se había fatigado del camino, estaba sentado junto al pozo. Era alrededor de la hora sexta. Llega una mujer de Samaria a sacar agua»*. Me gusta cómo Jesús sale a mi encuentro allí donde yo estoy, haciendo lo que me corresponde hacer, aunque parezca algo sin importancia, o innecesario. Aun cuando no vea aun fruto aparente en todo lo que hago. Llega y se detiene a mi lado. Se encuentra conmigo cuando yo necesito que esté a mi lado. Comenta el Papa Francisco: *«He aquí la segunda indicación para esta Cuaresma: no refugiarse en una religiosidad hecha de acontecimientos extraordinarios, de experiencias sugestivas, por miedo a afrontar la realidad con sus fatigas cotidianas, sus dificultades y sus contradicciones. La luz que Jesús muestra a los discípulos es un adelanto de la gloria pascual y hacia ella debemos ir, siguiéndolo “a Él solo”»*. En este tiempo quiero buscar lo ordinario, no lo extraordinario. Opto por aquello que no llama la atención, no elijo lo que más brilla, lo que más suena, lo que está de moda. Me decanto por lo que no resalta por encima de la pálida luz de cada día, apartando de mí lo que deslumbra. Me gusta mirar a Jesús en lo que me sucede cada día. Leer mi vida, mi historia, mis pasos. Buscarlo oculto en la voz de los que me rodean. ¿Dónde me está hablando el Dios de mi vida? ¿Cuál es la palabra que me deja para enseñarme a vivir? No me habla necesariamente en momentos mágicos y extraordinarios. Casi siempre habla, susurra, allí donde en apariencia parece difícil ver su rostro. Está ahí escondido, esperándome donde menos lo espero, en lo más habitual de mi vida. Me muestra el verdadero sentido del camino, cuando menos lo espero. Decía el P. Kentenich: *«Nos permitió en todo tiempo y lugar ver, buscar y amar al Dios de la vida, y darle una respuesta a través de la vida misma. Una respuesta sencilla, clara, vigorosa, puesta de manifiesto en la asunción de la vida práctica: asumimos la vida cotidiana de una manera grata a Dios y apoyada»*¹. En lo que me pasa cada día está escondida su voz. La acallo para no escucharla por si me dice algo que me saca de mi comodidad y me pide que lo siga. Quiero pasar de largo, pero me detiene con su voz. En lo secreto del corazón, en cada cosa que me sucede, me dice que me ama. Allí donde menos lo espero me está gritando al oído. En cualquier lugar me habla. En su Espíritu que me penetra y calma: *«Llega la hora (ya estamos en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren. Dios es espíritu, y los que adoran, deben adorar en espíritu y verdad»*. Me gusta buscar las señales que Dios me deja para que siga sus pasos. Escribo lo que he vivido buscando en mis propias palabras la voz de Dios. Busco en lo que otros me dijeron. Tal vez me dolió o llenó de tristeza. Quizás no me lo esperaba y me sorprendió. Lo que vivo es de Dios. En los fracasos busco la forma de reponerme con alegría. En las derrotas me levanto para seguir luchando. En las caídas no me asombro, soy débil, incluso en mi pecado está Dios presente para decirme que no me desespere, que no tema, que no deje de luchar, porque seguro que voy a lograrlo ante la siguiente tentación. Me gusta ver la normalidad de mi vida. No busco grandes acontecimientos. No espero milagros extraordinarios. Mi vida es sagrada, aunque a mí me parezca muy normal, poco espiritual. Es Nazaret, es Belén. Valoro la rutina de cada día, lo que pasa desapercibido para los sabios del mundo. Un niño que nace, un joven que crece, un hombre muerto en la cruz. En la vida diaria Dios está oculto en la carne, en la piel, en mi agenda, en mis palabras, en mis gestos, en mis abrazos, en mi cansancio, en mis sonrisas. Este tiempo de Cuaresma es una oportunidad para mejorar mi vista. Quiero escuchar mejor y ver mejor a Dios en todo lo que sucede. Vivo mi vida con alegría, y no depende mi felicidad de tener grandes experiencias religiosas. Sigo a Jesús que aparece solo delante de mí. Está sólo Él, sin fuegos artificiales, sin grandes manifestaciones, sin conversiones, sin demasiada luz. **Dios se oculta en la piel de mi historia para recordarme que tengo que seguir caminando con mucha paz, sin miedos, con esperanza.**

¹ Christian Feldmann, *Rebelde de Dios*

La sed es algo tan común. Tengo sed y bebo y sacio esa necesidad momentánea. Pronto vuelvo a tener sed. Hoy escucho: *«El pueblo, torturado por la sed, siguió murmurando contra Moisés: - ¿Nos has hecho salir de Egipto para hacerme morir de sed, a mí, a mis hijos y a mis ganados? Clamó Moisés a Yahveh y dijo: - ¿Qué puedo hacer con este pueblo? Poco falta para que me apedreen. Respondió Yahveh a Moisés: - Pasa delante del pueblo, llevando contigo algunos de los ancianos de Israel; lleva también en tu mano el cayado con que golpeaste el Río y vete, que allí estaré yo ante ti, sobre la piña, en Horeb; golpearás la peña, y saldrá de ella agua para que beba el pueblo. Moisés lo hizo así a la vista de los ancianos de Israel. Aquel lugar se llamó Massá y Meribá, a causa de la querella de los israelitas, y por haber tentado a Yahveh, diciendo: - ¿Está Yahveh entre nosotros o no?»*. En la travesía del desierto, cuarenta años, el pueblo de Dios tiene sed y duda de su Dios. Se acuerda del tiempo en el que no pasaba ni hambre ni sed. Eran esclavos pero tenían saciadas sus necesidades. Ahora en el desierto ya son libres, pero no tienen agua y ponen en duda el poder de Dios. Sienten que van a morir y que Dios no va a poder salvarlos. ¿Acaso no ha habido días en mi vida en los que he renegado de Dios aun habiéndome salvado antes? Me indigno con mi suerte. Reclamo a Dios gritando ayuda. Deseo que venga y me devuelva esa otra vida en la que no pasaba necesidad. En momentos de turbación he anhelado la esclavitud en la que estaba seguro y protegido. Ahora, en medio de la misión a la que me envía, en medio de las dificultades de la vida pongo en tela de juicio todo lo vivido. La sed es así, saca lo peor de mi corazón. Tiemblo, me lleno de rabia y odio. Hoy he repetido en el salmo: *«No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá, como el día de Massá en el desierto, donde me pusieron a prueba vuestros padres, me tentaron aunque habían visto mi obra»*. No quiero endurecer el corazón. Las necesidades insatisfechas me hacen vivir intranquilo. La sed me quita la paz. El hambre, el dolor, la soledad. Tiemblo y dudo, y quiero alejarme de ese Dios que me abandona y no me deja saciado. Se endurece mi corazón, ya no se conmueve. A menudo veo que las dudas endurecen mi corazón. El sufrimiento vivido, la soledad impuesta, las pérdidas con las que no contaba, la escasez que viene de forma repentina, los fracasos que llegan cuando menos los espero. El corazón se endurece, no quiere a Dios, ni a nadie. La mujer samaritana tenía un pozo, tenía agua para saciar la sed, pero su vida estaba desordenada. Cargaba con una historia difícil a sus espaldas. ¿Habría endurecido su corazón? Seguramente no creía en Dios, ni en los hombres, ni en los judíos. Me encuentro con tantas personas con el corazón endurecido, frío, alejado de todos. Un corazón incapaz de tener misericordia. Un corazón endurecido vive en rebeldía contra Dios: *«No tengo marido. Jesús le dice: - Bien has dicho que no tienes marido, porque has tenido cinco maridos y el que ahora tienes no es marido tuyo; en eso has dicho la verdad»*. La herida del amor. El fracaso en sus matrimonios. La soledad y ahora vive un hombre con ella que no es su marido. Hay personas que cargan cruces pesadas, tienen historias llenas de dolor e incompreensión. Han pasado mucha hambre y mucha sed. Han sentido el dolor de la necesidad que no puede ser satisfecha. Hace falta mucha capacidad para perdonar y mucha resiliencia. Una actitud positiva ante la vida. Esta mujer samaritana va a buscar agua al pozo cada día. Sabe que siempre tendrá que volver, porque no hay agua que calme la sed para siempre. Nada de lo que es humano me sacia eternamente: *«Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed»*. El agua del pozo de la samaritana no calma la sed para siempre. Sólo por un momento. Así hago yo cuando tengo sed. Busco pozos, en ocasiones me bastan los charcos. Guardo agua cerca para cuando vuelva a tener sed. Cuando escasea el agua en climas desérticos hay que ser muy cuidadoso con su uso. El agua es un bien precioso y nunca me sacia del todo. Tengo que ir una y otra vez al pozo. Bajar el cubo hasta el fondo y hacer el esfuerzo de cargarlo lleno hasta casa. Para mí, para otros. Un agua que no sacia la sed más honda que tengo. La sed de ser amado. Las heridas de esta mujer eran de amor. Todo el agua que necesita es para calmar su sed. No lo consigue y una y otra vez recorre el mismo camino. ¿Cuál es la sed que hoy me atormenta? ¿Cómo hago para calmar la sed que aflige mis entrañas? Me gustaría tener un agua eterna que todo lo calmara. Es lo que Jesús le promete a ella: *«Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: - Dame de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva»*. Jesús tiene agua que sacia la sed para siempre. Tiene respuestas que colman el corazón. Tiene un camino para el que está perdido. Y mucha esperanza para el que ha perdido las huellas del camino. Agua viva es lo que ella necesita. Un agua que le permita no tener que volver al pozo. Se equivoca. El agua de Jesús no sacia la sed más común. Es un agua pura llena de palabras y mensajes de luz. **El agua de Dios me llena muy dentro, en lo más hondo. Miro en mi interior, me calmo.**

Hoy Jesús tiene sed. El domingo pasado, después de cuarenta días sin comer ni beber, tenía hambre y sed. Ahora hace calor y tiene sed. Va caminando con sus discípulos en tierra extranjera. Ellos van a

buscar comida y Jesús se queda junto a un pozo. Allí llega una mujer a buscar agua: *«Jesús le dice: - Dame de beber»*. Sabría que esa mujer iba a aparecer allí en ese momento. Espera y tiene lugar ese encuentro que cambia la vida de la mujer. Jesús no es sólo Dios, es hombre. Y tiene los sufrimientos de los hombres. Tiene mis necesidades, mis carencias, mis problemas. El calor hace que se detenga con sed junto a un pozo. No puede sacar el agua que necesita, si no tiene un cubo a su alcance. Es un menesteroso, un pobre, un mendigo. Por eso se lo pide a una mujer extranjera que a su vez tiene una sed más honda en su propia vida. Habla con una mujer siendo Él un hombre. Habla con una samaritana siendo Él judío. Un hombre habla con ella, un judío: *«¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una mujer samaritana?»*. Jesús se salta las normas. Deja a un lado los escrúpulos. Cualquiera que lo viera podría fácilmente juzgarlo y condenarlo. Yo me detengo ante esas normas que me exponen y dejan en entredicho. No cruzo la línea marcada, el límite prohibido. No hablo con los que no son aceptados, con los condenados. Pienso que no es posible. Que no puedo hacerlo. Que las normas están para cumplirlas. Si Jesús las hubiera respetado, no hubiera pasado nada ese día junto al pozo de Jacob. La mujer hubiera sacado el agua y se hubiera ido. Pero ella tenía una sed profunda. Y Jesús una sed de un agua para calmar el cansancio y sed de amor. Y así comienza ese encuentro: *«Le dice la mujer: - Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, tienes esa agua viva? ¿Es que tú eres más que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?»*. Jesús tiene un agua viva, una agua diferente que sacia la sed para siempre: *«Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir aquí a sacarla»*. La mujer piensa siempre en el pozo. Jesús mira más lejos, más hondo, más dentro. A veces en la vida me detengo en la superficie de las cosas. Alguien llora y pienso en algo pequeño y superficial, un problema sin importancia. Luego la sed resulta que es más honda, está arraigada en historias pasadas, en fracasos de ayer. Yo no veo más allá de la apariencia. Pero el que tiene sed sabe de dónde viene. No es de hoy, es de hace mucho, hay una herida, una carencia, un pasado complicado. Esta mujer tenía sed de un amor que cinco hombres no habían podido saciar. No la habían amado bien o tal vez ella no se había dejado amar. Y su herida provoca una sed insaciable. Ni todos los pozos del mundo podrían calmarla. Jesús quiere hacerlo. La mujer sabe que el Salvador vendrá y calmará la sed de todos los hombres: *«Sé que va a venir el Mesías, el llamado Cristo. Cuando venga, nos lo explicará todo. Jesús le dice: - Yo soy, el que te está hablando»*. Y Jesús le revela quién es en verdad el que le pide de beber. Pienso en Jesús en mi vida. Él me pide de beber de muchas maneras. Yo estoy buscando agua para saciar mi sed del momento. Porque la que siento ahora es la que me preocupa. El hambre que duele, es la de ahora. No la de mañana, no la pasada que ya calmé. Mis necesidades tienen cara de hereje. Me piden que las sacie inmediatamente, que luego ya podremos ocuparnos de las cosas importantes. Mientras yo apago el deseo de infinito con mucha agua, con muchos alimentos, con muchos bienes que me hagan sentir mejor, reconfortado, en paz. Todo es pasajero, y más tarde me vuelvo a detener con sed, con dolor, con hambre. Algo sigue sin solución en el interior de mi corazón. Jesús le dice a la mujer herida: *«El que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna»*. Jesús es capaz de calmar mi sed y hará además que brote un surtidor de agua para vida eterna. Un agua que calmará la sed de todos los sedientos, de todos los que viven sin vivir, muriendo. Comprendo que mi vida puede calmar la sed de otros. Pero no seré yo, no será mi cántaro, será el agua que lleve dentro. Y esa agua no es mía, yo no la poseo, no puedo retenerla. Se escapa por las rendijas de mi cántaro, por las heridas de mi alma. Y así se va calmando la sed de otros. Si me vuelvo hermético, duro, inaccesible, el agua quedará dentro de mí, sellada. O se irá por algún otro lugar, sin que nadie la reciba. No quiero impedir que de mí surja un surtidor de agua viva. No quiero impedir que mi pozo se llene de agua. Para eso tengo que cavar hondo buscando agua. Tengo que hacer el brocal ancho, para que el agua pueda llegar a muchos. No quiero reservarme para mí, protegerme por miedo. Jesús se expuso ese día junto al pozo. Muchos lo juzgaron. A Él no le importaban tanto las opiniones de los demás como a mí me importan. Fueron las opiniones de los hombres las que acabaron condenándolo a muerte. Porque no respetaba la ley, porque se hacía llamar hijo de Dios. No hizo nada malo, no provocó el dolor de nadie, no mintió, no ofendió, pero su presencia era motivo de escándalo. Porque perdonaba sin exigir el arrepentimiento previo. Daba la paz cuando no habían cambiado de conducta y no habían enmendado la injusticia cometida. Era un motivo de escándalo para los que seguían la ley al pie de la letra. Ellos nunca hubieran hablado con una mujer, menos aún con una samaritana, porque era extranjera. Jesús rompió la norma y salvó la vida de esa mujer que, desde entonces, buscó esa agua que pudiera saciar su sed más honda. No quiero quedarme el agua

para mí. No es mía. Quiero tener un pozo del que muchos puedan beber. No soy yo el que produce el agua. Sólo soy un cauce vacío que deja pasar el agua. **Una fuente que deja que ascienda. Un pozo en el que cualquiera pueda dejar caer su cubo.**

Jesús me da el agua viva que calma mi sed. ¿Qué momentos recuerdo en los que me ha dado de beber y mi corazón se ha llenado de felicidad? Pienso en esos momentos de alegría, cuando tenía sed, estaba triste y una experiencia de amor en mi vida lo cambia todo: *«La mujer, dejando su cántaro, corrió a la ciudad y dijo a la gente: - Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será el Cristo?»*. Dejó el cántaro y corrió a la ciudad a contar lo que había visto. Lo único extraordinario que podía contar era que ese hombre había descubierto su pasado. ¿Era eso suficiente para salir corriendo a anunciar al Mesías? Parece muy poco. Es un profeta quizás. Habría muchos en esos días. Algo sucedió en ese encuentro. Un hombre que habló con ella de forma diferente y misteriosa. La miró como nadie lo había hecho. Sabía algo que sólo ella conocía. Había leído su historia en el corazón. Sabía quiénes eran esos hombres que la habían dejado tan herida, tan rota. Podía leer en su alma el pasado. Podía perdonarla sin que tuviera que hacer nada nuevo. Ella se sintió amada sin merecerlo y todo cambió. Estaba enfadada con Dios, con los hombres, con el mundo. Ese encuentro en soledad junto al pozo cambió su vida para siempre. Ya nunca más tendría que volver a buscar agua. Su sed había quedado saciada. Cargaba con mucha culpa, con mucho dolor. No se sentía amada, ni aceptada por nadie. Y tenía odio y resentimiento en su interior. Jesús la mira con misericordia y todo cambia. ¿Cuándo he notado esa mirada sobre mí? El otro día leía: *«Bianchi comenta: A veces da la impresión de que se invoque la misericordia de Dios, de que sea deseada y fácil de poner en práctica, y, sin embargo, la misericordia ha escandalizado en toda la historia de la Iglesia, y por eso se ha ejercido poco. Casi siempre ha aparecido más atestiguado el ministerio de condena que el de la misericordia y la reconciliación»*². Es como si la misericordia fuera mal vista. Siento que no la necesito. Prefiero el premio o la condena, la aprobación o el rechazo. Siento que si cumplo, estoy dentro. Y si no soy capaz de hacerlo, me quedo fuera y no acepto la misericordia ni la compasión. La mirada de Jesús sobre esta mujer que ha pecado y es impura es de misericordia. Sólo por ella estaba Jesús atravesando esa tierra de Samaria, un territorio hostil para los judíos. Sólo por ella se detuvo junto al pozo a esperar. Sólo a ella le dice que es el Mesías y que a partir de ahora todo va a suceder en el corazón. Jesús la elige para anunciarle a sus hermanos lo que ha visto. La misericordia de Jesús la salva. A partir de ese momento todo da igual. Deja tirados en el suelo los cántaros de agua, como si ya no fuera a utilizarlos nunca más. Algo tan vital, tan esencial en su vida. Lo deja atrás porque ha visto a Jesús y ha creído. Hace falta fe para cambiar de vida. Fe y la aceptación de la misericordia. La mirada de Jesús la ha salvado. Se levanta sobre sus cenizas y se siente mujer pura de nuevo. Se siente redimida, salvada, purificada. Me impresiona esa mirada que salva. ¿Cómo miro yo a mis hermanos? Muy a menudo miro juzgando. Me gustaría mirar como mira Jesús. Acercarme a los demás sin hacerme un juicio sobre sus vidas, sin interpretar lo que hacen, sin juzgar sus intenciones. Acercarme con los ojos de Jesús, con su amor incondicional. Creo que para poder hacerlo tengo que vivir la gratuidad en mi vida, si no, es imposible. Reconocer que nada de lo que tengo me lo deben. Que Dios no viene a darme lo que me corresponde por mi buen comportamiento. Por la fe somos justificados como hoy escucho: *«Habiendo, pues, recibido de la fe nuestra justificación, estamos en paz con Dios, por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también, mediante la fe, el acceso a esta gracia en la cual nos hallamos, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»*. Me siento en paz con Dios, no porque lo haga todo bien, sino porque acepto que es Él quien me salva, Él quien sale a mi encuentro. Él quien me quiere a su lado, no porque lo merezca, sino porque Él así lo decide, sin más razones. No hay nada que justifique su amor de predilección. Me ha esperado a mí en el desierto, junto a un pozo. Sólo espera que le dé de beber, ¡qué curioso! Que le dé de beber yo que sólo tengo un agua caduca, enferma, frágil, sucia como yo. Y me pide que le dé mi agua. Como en las bodas de Caná cuando convirtió el agua en vino. Quiere que le dé de beber con mi miseria, con mi pobreza, con mis actos egoístas y mis pecados. A veces me parece que tengo demasiado dentro de mí el ansia por ser puro y hacerlo todo bien a los ojos de Dios. Y me apesta mi pecado. Me rebelo ante mi debilidad e incapacidad para enfrentar la tentación. Me decepciono. Jesús me mira y me dice que no me mire así. Que me alegre. Que yo no me salvo gracias a mis merecimientos. Me recuerda que la salvación es un abrazo eterno que me limpia. Un encuentro

² Amadeo Cencini, *Ladrón perdonado*

profundo que me salva. Una caricia infinita que me cura. Visto así, entiendo la alegría de esta mujer que ha visto salvada su vida. Ya todo sucederá en su corazón. No tiene que ir al templo. Dentro de ella, en su alma. Es ahí donde sucede la salvación. En mi interior, en lo hondo de mi pozo. Allí donde a veces me da vértigo mirar. Quiero abrir los ojos y dejarme mirar por Dios. No me escondo, le ofrezco el agua sucia que traigo, quiero calmar su sed de amor. Tiene sed. Yo quiero darle mi amor enfermo, mi pobreza, mis limitaciones, mis esclavitudes, mi pecado. Le doy todo lo que soy y tengo y dejo que me ame como soy, en mi verdad. **Sin negar la verdad de mi corazón. Él me ama.**

La misión es grande. Jesús me invita a segar donde no he sembrado: *«Los discípulos le insistían diciendo: - Rabbí, come. Pero él les dijo: - Yo tengo para comer un alimento que vosotros no sabéis. Mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado y llevar a cabo su obra. Alzad vuestros ojos y ved los campos, que blanquean ya para la siega. Ya el segador recibe el salario, y recoge fruto para vida eterna, de modo que el sembrador se alegra igual que el segador. Yo os he enviado a segar donde vosotros no os habéis fatigado. Otros se fatigaron y vosotros os aprovecháis de su fatiga»*. Los campos ya están listos para la siega. Veo a mi alrededor que hay mucho que hacer. Muchos corazones que buscan. Muchas vidas con sed. Y yo no tengo agua, ni pozo, ni cubo. Pero sé dónde está la fuente de la que brota agua viva. Sé dónde está ese Dios que me busca por los caminos desiertos y me invita a caminar a su lado. ¿Qué sentido tiene creer en este tiempo lleno de desesperanza? ¿Dónde he puesto mi fe, mi confianza? Quiero sembrar, quiero recoger lo sembrado. Quiero que mi vida tenga un sentido. Quiero que todo lo que haga, valga, sirva y sea fecundo. El mundo es injusto, lo he tocado con los dedos. Y sé que no es fácil que se me haga justicia. Sólo puedo hacer el bien en este mundo tan acostumbrado al mal, al engaño, al odio, a la guerra. Puedo sembrar luz en la oscuridad. Y dejar que crezca la planta de la esperanza cuando falta el agua que la alimenta. No tengo miedo, confío. Sé que la vida es corta y los sueños son muchos. No me asusta la soledad de los caminos. Ni el rechazo de los que no aman a Dios. No me inquietan los fracasos humanos que no puedo controlar. Alzo los ojos en un vasto mundo que se extiende ante mí. Puedo cambiar la realidad, puedo hacer que sea mejor las cosas en mi vida. La mies es abundante, los trabajadores son pocos. Puedo hacer que muchos crean si me dejo la vida, si gasto mi vida amando, dando lo que hay en mi corazón. Puedo hacer que muchos vean lo que yo veo, como ese día muchos se acercaron a Jesús y vieron lo que antes les había contado la samaritana, y creyeron: *«Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por las palabras de la mujer que atestiguaba: - Me ha dicho todo lo que he hecho. Cuando llegaron donde él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Y fueron muchos más los que creyeron por sus palabras, y decían a la mujer: - Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo»*. Jesús se queda y su sola presencia cambia el ambiente en cada casa, en la aldea, en cada corazón. así suele ser en la vida. Cristo cambia el ambiente en el que me muevo. Su presencia dentro de aquellos que lo llevan en su interior. La presencia de Dios hace que muchos crean. ¿Dónde está puesta mi fe? ¿Por qué creo en ese Dios del que el mundo no me habla? Creo en su poder, creo en el amor que me tiene. Hace falta una experiencia de amor, una vivencia honda que me permita alegrarme con Dios. Hoy he rezado: *«Venid, cantemos gozosos a Yahveh, aclamemos a la Roca de nuestra salvación; con acciones de gracias vayamos ante él, aclamémosle con salmos. Entrad, adoremos, prosternémonos, ¡de rodillas ante Yahveh que nos ha hecho! Porque él es nuestro Dios, y nosotros el pueblo de su pasto, el rebaño de su mano»*. Yo soy su rebaño, yo soy su hijo y sólo puedo dar gracias porque me ha salvado. Me envía a dar esperanza después de haberme salvado de mi soledad, de mi pecado. Me lleva sabiendo que en mi interior siguen las luchas fuertes. La lucha entre el bien y el mal. La lucha entre mi ego y la humildad. La lucha contra esas tentaciones que me consumen y desgastan. Quiero ser libre de todo lo que me esclaviza, pero no es tan sencillo. No soy yo el que cambia los campos y los vuelve fecundos. Es Dios. Y Él se manifiesta con fuerza en muchos corazones que le han entregado sus vidas. No lo harán todo bien, no serán perfectos, pero tendrán un corazón de niño, inocente y puro, que está dispuesto siempre a comenzar de nuevo. A creer contra toda esperanza. En medio de sus derrotas, enfermedades y pérdidas no dejan nunca de creer. Porque su amor a Dios no es a cambio de que todo les resulte bien y el mundo sea justo. Su entrega es incondicional. Pase lo que pase, siempre permanecerán fieles al lado de Jesús, nunca lo dejarán, siempre lo cuidarán y serán sus testigos e irán por el mundo llevando su palabras, evangelizando, y dando esperanza. **Recolectando los frutos que otros antes que ellos han sembrado y dando gracias por todo lo que Dios ha hecho en sus vidas.**